

cuarteles ingleses y norte-americanos, vivían allí con sus familias; y el inferior para los soldados.

El número de esqueletos encontrados en este recinto viene en confirmación de la heroica severidad con que los soldados romanos cumplían su consigna.

Opuesta esta parte de la ciudad á la que mira al Vesuvio, fué la última en ser sepultada, así es que estos soldados tuvieron tiempo de huir; pero la disciplina los obligaba á permanecer en su puesto, y perecieron antes que abandonar la población cuya guardia les estaba encomendada.

Al Sureste de Pompeya é inmediato á la muralla se encuentra el Anfiteatro; éste es de forma elíptica, y contiene 35 filas de gradas para los concurrentes; créese que tenía capacidad para 15 ó 20 mil espectadores.

Las boletas de entrada, *teneres*, eran de porcelana, marfil ó bronce y como en los teatros de nuestra época, designaban el asiento que debía ocupar el concurrente, aunque en el local había, lo mismo que ahora en Europa, acomodadores, *designatores*, que conducían el espectador al lugar que le correspondía.

Las ruinas de Pompeya son el espectáculo más curioso y sombrío que un viajero puede presenciar. Con razón reyes y papas, escritores y soldados, hombres de ciencia ó simples viajeros, vienen todos los días con febril ansiedad á contemplar el venerando esqueleto de un pueblo, que existió hace diez y ocho siglos y que, por una singularísima y feliz combinación de circunstancias, pone hoy ante nuestros ojos todas las escenas de su vida pública y todas las poridades de su vida privada.

Como se recorren sus plazas y sus calles, se visitan también sus templos, sus baños y sus teatros. Y con la libertad con que se entra á un cuartel ó una bótica, se penetra en el más secreto aposento de los ricos habitantes de esta ciudad.

En los demás pueblos, el viajero ve sólo la parte que le quieren enseñar; aquí ve lo que se le antoja. Y con el mismo secreto é instintivo respeto que admira el templo consagrado á los dioses de la mitología, presencia las pinturas indecorosas que adornan las paredes de varias casas. Estos testimonios de la lubricidad y relajación de sus habitantes, se contemplan con el respetuoso silencio con que escuchamos la relación de los vicios y acciones vergonzosas de un individuo cuyo cadáver está presente.

La vista de la actual Pompeya es tan especial, tan excepcional é imponente, que con unos cuantos minutos que se la contemple, deja un recuerdo para toda la vida.

Un hombre, con el corazón hecho pedazos por los desengaños, y vagando entre estas ruinas en una noche de luna, sería un objeto digno del trágico Shakespeare ó de Young, ese elegiaco cantor de las noches.



ROMA. TEMPLO DE VESPASIANO Y PÓRTICO DE LOS DIOSSES.

CAPÍTULO XXXIX

EL VESUVIO.

La Ermita de San Salvador. — El Cráter. — Vista de la bahía de Nápoles desde la cima del Vesuvio. — Vino *Lácryma Christi*. — Los moradores de las faldas del Vesuvio. — La Annunziata. — Herculano.

Luego que hube visitado á Pompeya, conseguí un caballo y un guía montado que me llevara al Vesuvio. Salí para el volcán como á la una de la tarde, acompañado de tres excursionistas más, dos ingleses y un español.

Después de dos horas de un camino formado en su mayor parte por capas de antigua ó reciente lava, y entretenidos por la relación que el conductor nos hacía de todos los puntos más ó menos distantes que estaban al alcance de nues-

tra vista, y por los chistes del Español, cuyo caballo era flojo y él demasiado novicio en asuntos de equitación, llegamos al pie del gran cono del Vesuvio, en el que hay unas casitas que llevan el nombre de Ermita de San Salvador, (como 14 kilóm). Allí desmontamos y contratamos unos hombres que llaman ayudadores (*aiútos*) quiénes debían ayudarnos á ascender al volcán.

El cono del Vesuvio es de unos mil doscientos metros de altura, pero sus laderas tienen un declive de 50 grados, y están formadas de una especie de ceniza que cede á la presión del pie, y en la que casi se hunde uno hasta la rodilla al ir subiendo. Los ayudadores son un gran recurso, pues dos de ellos yendo delante á derecha é izquierda del viajero, casi le arrastran con una cuerda que cada cual le tiende, y que él empuña con cada mano, mientras que un tercero le sostiene y empuja por la espalda.

Largo trecho más arriba de la Ermita, el terreno está sembrado de vides que crecen entre la lava, ofreciendo sus hermosos racimos al viajero; de estas vides fabrican allí el famoso vino *Lácryma-Christi*.

Después de una hora de bien penosa ascensión, llegamos á la cima del Vesuvio. En la especie de meseta en cuyo centro está el cráter, hay pequeños desprendimientos de gases, vapores escapados por las grietas que dividen el terreno.

Después que respiramos un poco, nos asomamos al cráter.

¡Qué fatigosa es esta ascensión, pero también, qué imponente es tener á nuestros pies un humeante volcán, y contemplar con grato estupor su terrible cima, que en los vaivenes de la nube de humo sulfuroso que la cubre, deja ver sus rojas y amarillentas paredes de lava incandescente, y oír el sordo rumor de la ebullición en sus profundidades!

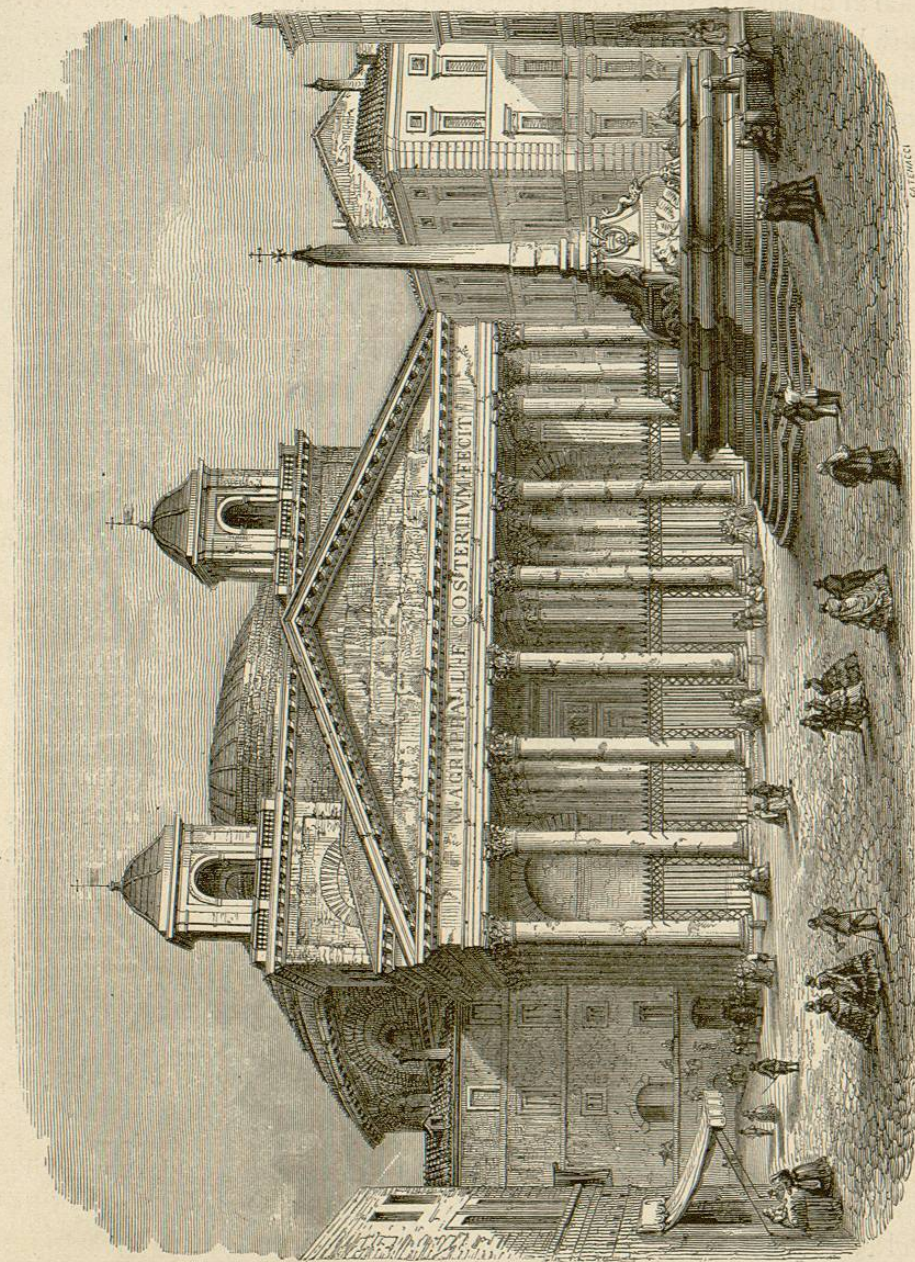
La circunferencia del cráter será de unos trescientos metros: su forma es irregular y sus paredes permiten en parte descender hasta cierta distancia donde hay un descanso circular, en forma de banqueta, después..... es el abismo, de donde con espantosa pertinacia sale una columna de humo, llamas y materias incandescentes que se levantan sobre la cima de la montaña, á manera de penacho, ó de árbol colosal cuyo tronco está en el volcán y la copa en el elevado cielo.

El sol despedía sus últimos rayos y el panorama más seductor se ofrecía á mis ojos:

La isla Caprea, la graciosa Sorrento, Vico y Castellamare á mi izquierda; Pompeya, la Annunziata y Torre del Greco á mi frente; Herculano, Pórtici y la coqueta Nápoles á mi derecha; con una mar tranquila y un despejado horizonte en último término..... y un volcán en ignición bajo mis pies.

Tres panoramas me han impresionado sobre manera. El del Valle de México visto desde el pequeño cerro del Tepeyac, el del lago Lemán, al declinar la tarde desde Ferney-Voltaire, y la bahía de Nápoles que ahora miraba desde el cráter del Vesuvio, al ponerse el sol.

Absorto en una mágica contemplación, me hubiera cogido allí la noche, si los compañeros no me anuncian que era preciso bajar para poder alcanzar el



ROMA. EXTERIOR DEL PANTEÓN DE AGRIPA

tren del ferrocarril que pasa por la Annunziata á las siete y minutos, y que nos debía conducir á Nápoles.

Descendí de aquel lugar contra mi voluntad y como forzado.

Los grandes peligros tienen para mí una atracción irresistible : los busco y me adhiero á ellos como el hierro al imán.

El terrible cañoneo de una batalla, la gigantesca líquida mole del Niágara saltando al abismo, el silbido del huracán en las jarcias de la indefensa barca, el negro boquerón del profundo tiro de una mina, el retumbar del trueno en la tempestad de la montaña, la mortífera epidemia que viste de luto á pueblos enteros y el cráter de un volcán que vomita incendio y lava, me atraen con secreta fuerza y me fascinan como los hechizos de la mujer más hermosa.

En breve rato llegamos á la Ermita, pues el descenso del Vesuvio es facilísimo, y allí, á indicación de nuestros conductores, pedimos unos vasos de *Lácryma-Christi*. Lo hay blanco y tinto; nos sirvieron del blanco, y debo confesar que lo encontré excelente, pero del todo distinto al vino que con ese nombre he tomado en México.

Si en otro lugar, me hubieran vendido ese licor, habría jurado que me engañaban. Tanto puede la costumbre de ver lo falso, que cuando tropezamos con lo verdadero, estamos expuestos á calumniarlo.

Volvimos á tomar nuestros caballos y el guía en vez de llevarnos á Pompeya nos condujo rumbo á la Annunziata, que era en donde debíamos tomar el tren.

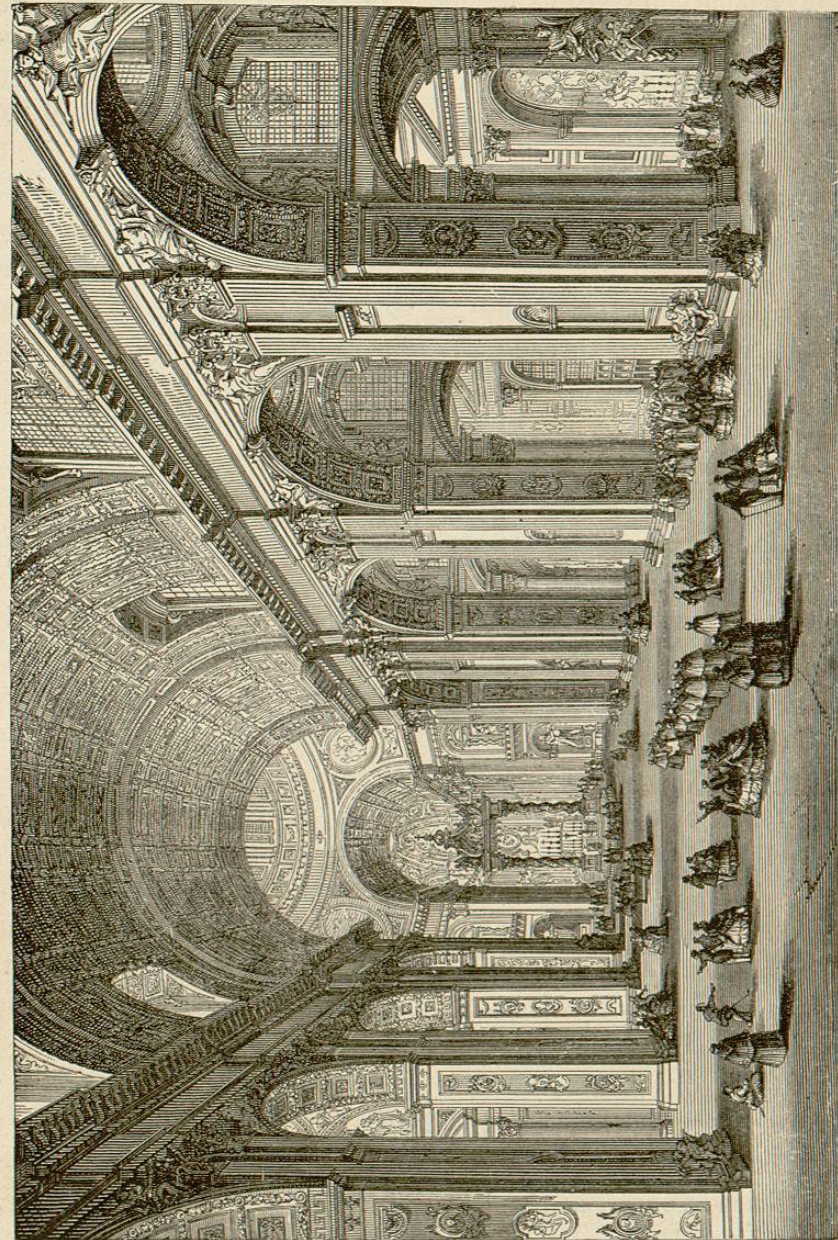
Por el camino preguntaba yo al conductor, como era que vivían tranquilas las familias que moran en la multitud de casas y chozas que hay en la Ermita, al pie mismo de un volcán en actividad, y de cuyos estragos hay tan terribles históricas relaciones, tanto en lejanos siglos como en nuestros días.

Él me manifestó que el volcán del Vesuvio, cuando está para tener una nueva erupción, la anuncia dos ó tres días antes con espantosos ruidos subterráneos; que al observar ésto, los habitantes de la Ermita y demás puntos inmediatos, abandonan estos lugares y pasan la noche y parte del día en la mar que está entre la Annunziata y Herculano.

Probablemente dije para mí, éste es el modo ordinario con que el volcán verifica sus nuevas erupciones, y ha sido en casos excepcionales, cuando haciendo explosión, ex-abrupto, sin anuncio alguno, ha sorprendido y sepultado bajo su incandesciente lava á millares de habitantes y borrado del mapa á diversos pueblos.

El Monte Vesuvio con una altura de 1,200 metros, como ya he dicho, y una circunferencia de 40 kilómetros, se compone actualmente de dos partes : una hacia el Nordeste, llamada el Monte Somma, en forma de media luna, que si bien del lado del mar presenta laderas abruptas, del lado opuesto, su declive es tan suave que se sube á él fácilmente; su exterior está cubierto en gran parte por toba ó una especie de piedra pomes ; y otra llamada Ottajano ó Vesuvio propiamente dicho, que es un cono formado de cenizas y á cuyo cráter le dan una profundidad de 115 metros.

Las laderas del Vesuvio están cultivadas y presentan un aspecto risueño. Á mayor altura de donde se encuentra la Ermita, está un edificio aislado : es un observatorio astronómico.



ROMA. INTERIOR DE SAN PEDRO.

Entre el Somma y el Vesuvio hay un pequeño y profundo valle que los separa y al que llaman *Atrio del Caballo*.

Hasta principios de nuestra era existió sólo el Somma, del que hablan los

historiadores como volcán largo tiempo extinguido: en la terrible erupción del año 79, sepultó á Pompeya, Herculano y Stabia, y asfixió á Plinio el mayor, que, jefe de una flota, se acercó á Castellamare para ver mejor el volcán; en aquella época se formó el cono del Vesuvio.

Ninguna eminencia ó cerro ha venido al mundo con más terribles y espantosos anuncios. Desde el año de 63 comenzaron los violentos temblores de tierra que derramaron el pánico entre los habitantes de Nápoles, Herculano y Pompeya, y destruyeron multitud de edificios; repitiéronse con más ó menos frecuencia hasta que un día espantoso del año 79, desapareció de momento la luz, en mar y en tierra; hízose la noche bajo de una oscura, espesa nube de agua, humo, cenizas y piedras; rugía el mar, tronaba el cielo, se agitaba la tierra como un epiléptico; corrían torrentes de lava, el rayo y masas incandescentes rasgaban en todas direcciones las sombras; gritaba, huía aterrorizada la gente de los contornos, creyendo ver el fin del mundo; millares de infortunados quedaban cautivos y muertos entre escombros y polvo, hasta que brotó el centelleante cono del Vesuvio, alumbrando como un terrífico cirio un campo de cenizas, desolación y muerte.

De los pueblos sepultados sólo quedó la memoria por diez y siete siglos, y esta inmensa catástrofe ya iba tomando el colorido de la fábula, cuando la casualidad vino á descubrir el sitio que ocupaban.

Del año 79 acá, más de sesenta erupciones notables ha tenido el Vesuvio; en ellas arroja vapor de agua, cenizas y lava á una altura de 3,000 metros y enormes piedras á 1,300.

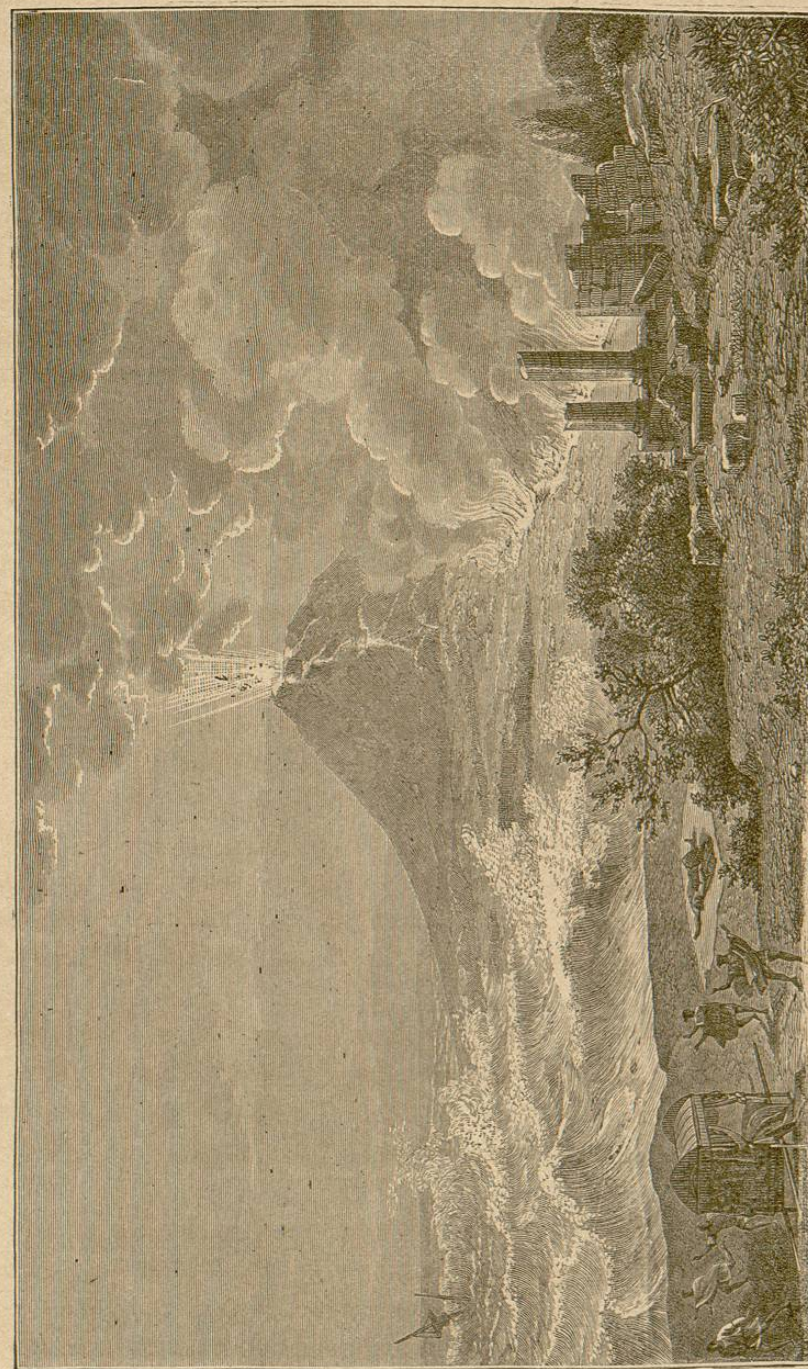
Se dice que en la erupción de 472, las cenizas llegaron hasta Constantinopla, como las de nuestro volcán del Jorullo, en Méjico, según asegura el Barón de Humboldt, han llegado á Querétaro; en la de 1631 cayó una piedra de veinte quintales de peso, en el pueblo de Somma, distante 20 kilóm. del Vesuvio.

Este volcán ha estado en actividad desde el año de 79 hasta nuestros días, con sólo un reposo de 131 años, que trascurrieron entre 1500 y 1631. Pero se notó que entonces fué cuando apareció el otro volcán, *Monte-Nuovo*, inmediato á *Puzzoles*, y que en todo ese tiempo no dejó de trabajar el Etna.

Parece que la tierra necesita de los volcanes, como de válvulas de seguridad para arrojar el excedente de gases y fuego que se forma en su inmenso laboratorio; suprimiéndose uno, es preciso que sea reemplazado por otro.

En la ciudad de Méjico, donde los temblores de tierra alarmaban de continuo á los habitantes, han dejado de ser frecuentes desde que se han abierto pozos artesianos.

¿ No se llegará alguna vez, á evitar los horrorosos estragos de un volcán, abriendo múltiples pozos artesianos en su contorno ?



A. H. BÉCUS, imp.

LA MUERTE DE PLINIO.

Después de una hora de camino llegamos á la Annunziata en donde apenas tuvimos tiempo de sacar nuestras boletas para el tren.

Pasé por Resina, pueblecito, construído lo mismo que Pórtici, en el lugar que ocupaba Herculano antes de haber sido sepultado por las lavas del Vesuvio el año de 79.

No quise detenerme á visitar sus excavaciones, porque me informaron que ningún interés presentaban.

Pompeya fué cubierta con una capa de cenizas y piedra pomes, y bastan las excavaciones, para ver todos los objetos que encerraba; pero á Herculano le tocó la mala suerte de haber sido sepultado bajo una capa de dura lava; así es que son galerías subterráneas las que se hacen para extraer tal ó cual objeto, el que llevado al Museo de Nápoles, quita todo interés al socavón en que estuvo encerrado.

Llegué ya entrada la noche á Nápoles y despidiéndome de mis compañeros de excursión fuíme al cuarto de mi hotel á descansar de las fatigas y diversas emociones del día.
